

LA GUERRA INTERNA: UN CONFLICTO DE TIEMPO DE PAZ

Pedro Cárdenas Díaz
Capitán de Fragata

INTRODUCCION

 El hombre es esencialmente social; como tal, aspira al Bien Común, el cual ordena la pluralidad y armoniza el interés particular.

La ética social reconoce tres comunidades naturales para el hombre: el matrimonio, la familia y el estado. Vivir en comunidad, o convivir, es un deber inalienable para el hombre.

El estado político, que tiene la finalidad de promover el Bien Común, debe contribuir a crear las condiciones sociales que permitan a cada hombre lograr la mayor realización espiritual y material posible. Con este objeto se organiza el estado, se concibe un gobierno y se reconoce una autoridad, que en la práctica significa establecer el estado de derecho, determinado básicamente por instituciones y leyes.

En la relación que se genera al interior del estado, entre el gobierno y los individuos, está el origen del conflicto que nos ocupa, porque al romperse esta relación surge la violencia como expresión de la lucha por imponer la voluntad dentro del estado. A este conflicto se le denomina guerra interna.

La política, como ciencia y arte que busca perfeccionar la vinculación individuo-estado, enfrenta reiterados desafíos, porque la relación se hace cada vez más compleja, tanto por las características del poder en sí, como por la variedad de actividades individuales que crecen y son propias del desarrollo, sin desconocer el permanente esfuerzo especulativo del hombre por descubrir la verdad de esta relación.

A pesar que la sociedad normalmente evoluciona ordenando y satisfaciendo más integralmente a los individuos en busca del Bien Común, hay situaciones en que se producen cri-

sis políticas, ya sea porque un gobierno arbitrariamente modifica y aspira a cumplir objetivos políticos ajenos al estado, o porque individuos que disienten actúan contra el gobierno en procura de favorecer un interés particular incongruente con el Bien Común.

Si los instrumentos políticos no permiten resolver dentro de un marco institucional cualquiera de las situaciones antes planteadas, el estado se convulsiona. La crisis da paso al conflicto interno, desapareciendo los mecanismos de control y surgiendo cambios imprevistos en la estructura social.

La historia reconoce los conflictos internos como reforma, cuando los cambios han sido conducidos por la autoridad, y les denomina revolución cuando los cambios han sido impuestos por los individuos.

La revolución es un cambio radical y repentino de un estado de cosas y, en el orden político, dichos cambios significan una transformación de las instituciones fundamentales del estado.

Las revoluciones no implican necesariamente el uso de la violencia o que sus resultados sean perniciosos, a pesar que la mayoría de las veces así ocurre. Unas pocas veces, la fuerza de la razón y/o la virtud de los actores políticos permite que los procesos de cambio se ejecuten sin mayor violencia, para beneficio de la sociedad. Sin embargo, es en el afán de hacer la revolución a partir de la rebelión donde está el germen de la guerra interna, porque ella está directamente relacionada con la actitud irracional de individuos dispuestos a violentar la estabilidad política del estado. Así, la expresión característica del revolucionario es desafiar la autoridad, sacrificando el Bien Común a cambio de beneficios particu-

lares. La guerra interna es, a la vez, una guerra revolucionaria y una guerra subversiva.

El Revolucionario

La guerra interna obedece a dos motivaciones diferentes: la acción agresiva de individuos por imponer una voluntad particular ajena al Bien Común que se caracteriza por la ausencia de todo respeto al derecho; y la otra, que corresponde a una reacción de defensa propia de los individuos ante un estado morboso. En ambos casos, patológico o terapéutico, su origen se encuentra en la actitud rebelde, porque corresponde a una resistencia o reacción individual frente al estado de derecho que enmarca al estado político.

La rebelión es el concepto jurídico equivalente al de revolución como concepto político. Primero aparece el rebelde, después el revolucionario.

La ética social reconoce el derecho de rebelión cuando el fin que se persigue es para derrocar un gobierno desquiciado y prolongado que daña evidentemente el Bien Común, si se le enfrenta con medios proporcionados que no produzcan un resultado peor a la situación que se discute. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor.

No obstante lo anterior, la mayoría de las rebeliones políticas que la historia recoge corresponden a la actitud del rebelde que no responde al principio ético antes expuesto; corrientemente la rebelión constituye una acción inmoral e ilegítima. Esta nace por una percepción de carencia, de aislamiento o impotencia, que la transforma en frustración intolerable. En el nivel de frustración se establece la diferencia con el individuo ordinario. La frustración intolerable es la fuerza que mueve al individuo a actuar contra la sociedad, en transformarse en rebelde.

Sin embargo, no es condición suficiente ser rebelde para acometer la revolución, el individuo debe ser capaz, además, de concitar la adhesión a su causa, es decir, poseer características de líder. Un rebelde líder es un revolucionario. Cada revolución tiene su revolucionario. Cronwell, Sieyès, Lenin, Mao Tse Tung, Fidel Castro, etc. El líder, es quien tiene una gran capacidad de persuasión, es influyente y practica el Rapport, el arte de provocar en otras personas el deseo de cooperar, de darles a sus vidas el sentido de misión y ejercer sus potencialidades.

La guerra interna se produce cuando aparecen en la sociedad subversivos dispuestos a transformar las instituciones del estado, los cuales previamente planifican sus operaciones, seleccionan objetivos, establecen niveles de violencia y los escenarios de participación; tales variables

determinan el grado de intensidad del conflicto. Se reconocen como operaciones de este tipo de guerra, desde movilizaciones hasta la guerra civil, pasando por guerrillas, sediciones, revueltas, insurgencias, terrorismo selectivo, etc.

El revolucionario no necesariamente responde a una ideología totalitaria, como ha sido la característica de las motivaciones de las principales guerras internas del presente siglo. Los subversivos escogen el método más útil para su causa; su doctrina es funcional a las circunstancias. El objeto de su revolución, efectuar un cambio político para sus intereses particulares, implica sacrificar todos los valores si es necesario, instrumentalizando cualquier plataforma política.

La guerra interna, expresión violenta de lucha política por imponer una voluntad, nace con un líder rebelde y termina generalmente con él, excepto si tiene un sucesor que lo reemplaza.

La Estrategia en la Guerra Interna

En la perspectiva de la estrategia, la guerra interna se encuentra interpretada con bastante precisión en los pensamientos de Beaufre y Lidell Hart.

Beaufre

Con respecto al estudioso francés de la estrategia, el planteamiento de su teoría de la estrategia de la acción indirecta se aplica en las guerras internas. La prescindencia del uso de medios militares para ejercer la decisión, en este tipo de conflicto, es una característica que lo demuestra. Los medios militares se utilizan para producir desgaste, para efectuar propaganda. El empleo de las armas es importante pero no decisivo.

Esta característica no aparece por propia iniciativa de los subversivos, sino más bien es producto de la escasa libertad de acción que les otorga la sociedad para que operen como una fuerza armada organizada, utilizando operaciones de despliegue y movilización, equipando y sosteniendo efectivos reclutados, esto es, operaciones militares, que el revolucionario está impedido, o le es difícil de realizar, debido a la restricción implícita de un estado de derecho. Del mismo modo, la falta de recursos o la falta de posiciones geográficas seguras para operar, también inciden para despreciar el escenario bélico.

Es pertinente señalar, que las FF.AA., instituciones garantes de la constitución, se configuran en un adversario y en una amenaza para los subversivos. Por tanto, el escenario bélico, ambiente propio de los militares, no constituye una ventaja para el revolucionario; éste encuentra más debilidades que fortalezas en la guerra regular.

También influye para desahuciar el escenario bélico, la intervención de partidarios ansiosos de actuar en una aventura revolucionaria. Comúnmente son jóvenes sin preparación militar. Por tanto, su empleo se orienta a las actividades que indirectamente agoten al adversario, y al mismo tiempo, obtengan apoyo de la población. En este aspecto se privilegian los aspectos psicológicos y morales que procuren la conquista de las instituciones. La desmoralización, incitar la desertión, indisponer líderes políticos, son ejemplo de estas actividades.

El principio de empleo de los medios que utilizan los subversivos, contempla emprender empresas temerarias, con alto grado de riesgos de tal forma de despertar la simpatía popular. Si a las acciones se les asocia una causa moral, se puede concitar apoyo, y si el resultado busca otorgar beneficios para la población, es fácil lograr su colaboración. En su defecto, cabe privilegiar actividades terroristas que inhiban a dicha población, neutralizando su participación.

Las causas morales más socorridas aducen leyes injustas, colonialismo, resistencia a la opresión, objeción de conciencia, justicia politizada, etc.

En el campo externo, cuando los conflictos tienen un fuerte carácter ideológico, la participación de la opinión mundial es inevitable, y en estos casos la tribuna internacional ofrece una alternativa importante de apoyo moral, como declaraciones condenatorias en organismos multinacionales, sanciones económicas al país o aislamiento comercial a determinados sectores industriales.

A pesar que la mayoría de las guerras internas son de carácter nacional, cuando el territorio representa una posición geoestratégica o geopolítica o hay un valor económico o riqueza cultural en juego, habrá una justificación para internacionalizarla y hacer intervenir a otras naciones.

Para el objetivo de conquista, el revolucionario emplea la maniobra de la alcachofa, concentrando sus esfuerzos para tomar el control secuencialmente por áreas o sectores, las que pueden seguir un orden geográfico: villorrio, pueblo, ciudad, provincia, región; o un orden social: sindicatos, gremios industriales, facultades universitarias, campesinos, indígenas, etc.

Esta maniobra es vital para contrarrestar la diferencia de potenciales con respecto a los medios tangibles que ofrece el estado. Es por esto que el revolucionario, en la fase inicial, hace prevalecer los medios intangibles: conquistar imperceptiblemente.

En la aplicación de la estrategia de acción indirecta, se distinguen tres frentes en la guerra interna: El legal-político, que corresponde a los por-

tavoces, partidos políticos afines y organizaciones que son utilizados para mantener una discusión en la arena política. Otro frente es la insurgencia, donde la violencia es prioritaria y se buscan las alianzas con los sectores antisociales: delincuentes comunes, traficantes o mercenarios. Estos aliados se apoyan entre sí para desgastar a los responsables de velar por el orden y la ley, como asimismo, obtener recursos económicos. Es parte de la campaña psicológica para sensibilizar a la población con una percepción de una autoridad sobrepasada o ineficiente. Por último, el frente armado, que enfrenta a los medios militares, y que paradójicamente, siendo el más peligroso es el menos decisivo.

La imposición de la voluntad se obtiene cuando la población mayoritariamente adhiere a su causa o un área geográfica importante es ocupada, fragmentando la integridad territorial.

Lidell Hart

Con respecto al pensamiento de Lidell Hart, tiene plena validez su concepto de aproximación indirecta, en el sentido que desde el punto de vista del escenario, no es en el principal donde se toman las decisiones. Su aplicación tiene dos aspectos complementarios: la guerra interna utilizada como un instrumento en el plan estratégico; y el uso de diferentes escenarios: intelectuales, culturales, judiciales o económicos, como espacios de decisión para obtener el triunfo en una guerra interna.

En relación al plan estratégico de las potencias, se aplica cuando éstas están bajo la amenaza de un conflicto armado de alta intensidad, cuyo costo no están dispuestas a sacrificar. En tal caso, ellas deciden que los objetivos políticos se satisfagan por vía indirecta, sin comprometer sus medios bélicos. Estas crisis tienden, normalmente, a ser resueltas a través del concurso diplomático; sin embargo, si éste no es capaz de resolver las diferencias, surgirá como consecuencia el conflicto de bajo nivel, que no es más que una guerra interna. Esta es una alternativa de respuesta para las potencias, que aprovechando escenarios exteriores pueden competir, medir o disputar su influencia. Como las potencias no involucran sus propios territorios, el conflicto será de bajo nivel para ellas, pero eventualmente será de alto nivel para la nación afectada.

Ante esta realidad, los estados que tienen baja institucionalidad, estabilidad política precaria, son propicios para desarrollar guerras internas, constituyendo sus conflictos el escenario donde las potencias disputan sus intereses. Cada potencia tiene sus propias soluciones y a veces, la aplicación de éstas, se convierte en

una defensa tenaz de principios. La historia tiene muchos ejemplos, los más recientes son: Vietnam y Afganistán.

También en la propia guerra interna, se aplica la teoría estratégica de Lidell Hart de la maniobra de aproximación indirecta. Su aplicación para los subversivos significa utilizar todos los espacios posibles, no siendo el escenario político el decisivo para buscar el triunfo. Los escenarios económico, religioso, cultural son alternativas donde se puede quebrar la voluntad de lucha del adversario. La elección del escenario depende del criterio revolucionario, que comúnmente privilegia los aspectos utilitarios y prácticos, como asimismo, destaca los métodos que se apoyan en una filosofía antivalórica.

No es ajeno a la conducta de un insurrecto, el chantaje, la delación, la extorsión, la deslealtad. Tampoco es importante en su moral el valor de la bandera, la familia o el espíritu. Empobrecer a un país, si ello es útil a la causa, es un curso de acción válido.

Las corrientes sociales actuales que secularizan la cultura, tienen disponibilidad ilimitada de medios de comunicación social y el desarrollo tecnológico al alcance, son sin duda circunstancias significativas que permiten al revolucionario actuar en diferentes escenarios para mantener el conflicto.

Los movimientos culturales actuales, que cuestionan la trascendencia de los valores y transforman los medios en fines, como la ecología o la democracia, hacen propicia la coincidencia de objetivos de los subversivos con la población. En este escenario se facilita el triunfo sutilmente. Una involución cultural puede llegar a cambiar criterios de justicia, normas legislativas, conductas administrativas, que finalmente debilitan las defensas del estado.

La victoria de los subversivos en la guerra interna puede ser obtenida en un escenario moral, que compromete los valores que sustentan al estado, o en un escenario económico que modifique la estabilidad de la hacienda pública y termine colapsando la economía del país.

Conclusiones

La guerra interna es un conflicto real, que emplea métodos no convencionales, a menudo imperceptibles; comúnmente es de carácter nacional, comprometiendo al estado por variados frentes. Se reconoce el inicio a través de un líder rebelde, pero no se sabe cuando termina. Sembrada la idea de rebelión, incitados los espíritus de los adherentes a su causa, la máquina revolucionaria afectará a toda la nación.

Las causas aparentes originales que pro-

movieron el conflicto, se reemplazan permanentemente por otras más funcionales a la situación que se vive; los medios y escenarios que se planificaron, se alteran para operar en espacios más útiles a las circunstancias. A pesar de todo, la causa real, la transformación de la sociedad para los intereses de los subversivos, se mantiene inalterable.

La guerra interna tiene un desarrollo irregular en el tiempo, tiene fases que cambian indistintamente; a veces utiliza con mayor énfasis la violencia y otras, tiene mayor significado el efecto social. Por tanto, la existencia de la guerra interna es difícil de advertir así como lo es determinar su persistencia. Lo que sí es evidente es que es un conflicto absolutamente compatible con una sociedad libre.

La disposición recomendada para enfrentar a los subversivos sugiere, inicialmente, identificar el objeto principal de conducción política, que para este tipo de conflicto debe ser: mantener la institucionalidad vigente. Cualquier modificación a la normativa que cambie la estructura legal para enfrentar la guerra, será explotada por los insurgentes. Si les beneficia el cambio, se atribuirán el mérito, reforzando su moral; si les afecta negativamente, levantarán una nueva bandera de lucha. La actitud conservadora es una opción prudente, sin que signifique renunciar a asumir una disposición ofensiva.

La actitud de la autoridad nacional debe contemplar un objetivo político positivo que demuestre su voluntad férrea de combatir la lacra social; su esfuerzo debe ser ilimitado, utilizando todos los medios a su alcance, coordinándolos para obtener el mejor resultado. El horizonte en el tiempo debe ubicarse al final de la guerra, sin considerar metas parciales, procurando contar permanentemente con la iniciativa y comprometiendo vitalmente a la nación hasta alcanzar la completa estabilidad político-social. El propósito de ejercer plenamente el estado de derecho debe cumplirse.

En el nivel siguiente de conducción se puede utilizar una defensiva estratégica, contraatacando con objetivos limitados para desgastar al adversario, procurando lograr circunstancias favorables para iniciar una ofensiva definitiva.

La clásica planificación militar es una adecuada herramienta para buscar cursos de acción que permitan seleccionar una buena resolución táctica, a pesar que el revolucionario tiene un comportamiento atípico que exige reapreciar constantemente la situación.

La planificación debe contar con medios suficientes para ejecutar operaciones expeditas y ser elaborada con especial sigilo. No disponer de la necesaria confidencialidad atenta directa-

mente al éxito de la operación; descansar en el secreto a fin de sorprender a los subversivos y dislocar su moral, es clave en una acción ofensiva.

La acción ofensiva debe orientarse hacia la cúpula dirigente, a fin de destruirla o quebrarle su voluntad de lucha. Esta ofensiva no debe constituir un ataque continuo, sino debe llevarse a efecto en el lugar adecuado y en el momento oportuno. El escenario sico-social es un campo de acción donde se puede planificar el centro de gravedad de la ofensiva. Para emprender una acción ofensiva, también deben cumplirse los requisitos clásicos: un mando capaz y medios adecuados, utilizándolos oportunamente, con objetivos bien definidos.

La clandestinidad y el compartimentaje, características propias de la estructura revolucionaria, obstaculizan la ejecución de operaciones de persecución. La condición de rebelde frente a una autoridad poderosa sensibiliza a la opinión pública, a través de la cobertura periodística de los medios de comunicación; si la operación de asedio no está bien concebida, puede transformarse al final en una protección.

Como ya está expresado, los subversivos también utilizan el factor sorpresa; actuando a mansalva, cobardemente, se escudan en inocentes y se ocultan en la población. Por tanto es fundamental contar con un dispositivo de seguridad que prevenga y defienda a quienes planifican,

conducen y actúan en las operaciones antisubversivas.

Las capacidades del revolucionario en términos de amenaza a la sociedad son variables y prácticamente ilimitadas en peligrosidad. Secuestros, asesinatos, destrucción de bienes, robos, son algunos de los delitos que generalmente seleccionan para reaccionar.

Por tanto, la cooperación entre todos los órganos comprometidos en las operaciones, es de importancia vital. Sin una comunidad de espíritu y una voluntad monolítica es imposible esperar triunfos.

En resumen, considerando que el rebelde padece de una enfermedad social que le impide aceptar la sociedad que aborrece y combate, debe ser enfrentado decididamente con todas las instituciones del estado, las cuales deben estar ancladas en principios valóricos. La involución cultural que compromete las estructuras sociales, con corrientes del pensamiento materialista, como el consumismo o el marxismo, son factores que juegan a favor de la causa rebelde. En consecuencia, el valor del espíritu, la verdad de Dios, el hombre como ser trascendente, el cultivo de las virtudes, son la base de la defensa conducente al fracaso del revolucionario, porque permiten constatar la existencia del conflicto, condición *sine qua non*, para vencer en la guerra interna.

BIBLIOGRAFIA

- Etica social, Arthur Fridolin
- Teoría del conflicto, Brian Crozier
- Low Intensity conflict & Modern Technology-Davin FDean
- Insurgency, Andrew Scott
- La política - Aristóteles
- Populomun Progressio - SS Paulo VI
- Manual de Estrategia - Eri Solis
